

dar el infante produjo buen efecto en su campo, y no perdonó medio la peregrinante corte para dar todo el realce posible á la dignidad de que revestía al hijo político del que se titulaba Rey.

Dotóse al príncipe de numerosa servidumbre militar. Tuvo por ayudantes de campo, además de Villareal, al conde de Madeira, á los generales Sans y Cuevillas y al príncipe de Linowsky; por segundos ayudantes seis coroneles y un séquito de oficiales de estado mayor suficiente para cubrir el servicio de un ejército de cien mil hombres. Segun los cálculos fundados en los datos oficiales que posee el señor Pírala, el

de don Carlos se componía al finalizar el año 1836 de 32,000 infantes y 1,500 caballos.

Añade peso á las observaciones que hemos consagrado al gobierno y á la corte de don Carlos el hecho notable de haber atraído este príncipe á su servicio á los distinguidos oficiales de los cuerpos facultativos (artillería é ingenieros) que supieron improvisar, creándolo, por decirlo así, de la nada, el material de guerra que llegó á reunir el ejército carlista. En el museo militar de Madrid se conservan objetos que atestiguan la inteligencia de aquellos oficiales, los que solo es de sentir militasen en otras filas que en las de los defensores de la libertad.

LIBRO SÉTIMO

DON CARLOS EN CAMPAÑA

CAPITULO PRIMERO

Evans en Guipúzcoa.

La cola de la expedición de Gomez.—Ataque por Evans de las líneas de San Sebastian.—Campaña frustrada.—Toma de las líneas de Hernani por Espartero.—Operaciones en Cataluña hasta la llegada de don Carlos.—Vuelta de Cabrera á campaña.—Mando de Oraá en Aragon.

Aunque el levantamiento del sitio de Bilbao y la vuelta de Gomez á las provincias Vascongadas, mas bien con el carácter de fugitivo que con el de triunfador, fueron hechos que contribuyeron á que el año 1836 cerrase en condiciones menos adversas para la causa liberal que las que esta habia atravesado en el verano y otoño del año anterior, todavía la empeñada contienda presentaba un horizonte preñado de peligros para los partidarios de la Reina doña Isabel.

Entrado vencedor en Bilbao, hallábase Espartero bloqueado en cierto modo en el recinto de aquella plaza. Para salir de ella y emprender operaciones tenia que tomar nuevamente la vía de mar, ó que intentar la temeraria empresa de atravesar por el corazon del territorio dominado por el enemigo. El primero de dichos temperamentos volvería á poner á los esforzados bilbainos en la misma peligrosa situación de la que acababan de ser sacados, y lo segundo no era posible intentarlo sino por medio de una combinacion de todas las fuerzas del ejército, operacion en la que realmente pensaba el gobierno y sus generales, en los términos de que daremos cuenta despues de haberlo verificado de ciertos hechos que, aunque cronológicamente pertenecen al 1837, son por su misma índole inseparables de los sucesos de mas bulto acaecidos al terminar el año anterior.

A este órden pertenece el paralelo de la conducta observada por el gobierno relativamente al grave asunto promovido por las enérgicas reclamaciones del brigadier Narvaez contra la sublevacion de Cabra, alentada y utilizada por el general Alaix.

Desde luego se comprende que fuese embarazoso para el gobierno aplicar á aquel general, reo de escandalosa indisciplina, todo el rigor de la ordenanza, en los precisos términos exigidos por Narvaez, lo cual podia dar lugar á rivalidades en las filas del ejército del Norte; pero fácil era haber evitado semejante escollo, habiendo acompañado la indulgencia de que se quisiera usar respecto á Alaix, con la consideracion y el premio á que tan acreedores se habian hecho Narvaez y su division; mas léjos de que el gobierno usase de la discrecion y tacto que el asunto exigian, mostróse desde luego prevenido y parcial contra el último.

Justa apreciadora la opinion pública del servicio que á la

causa nacional acababan de prestar la division de vanguardia y su jefe, acogió con favor la presencia en Madrid del teniente coronel don Antonio Ros de Olano, jefe de estado mayor de la misma, enviado desde Loja por Narvaez para dar al gobierno explicaciones sobre el suceso de Cabra.

Pero léjos de que dicho distinguido oficial mereciese de parte del nuevo ministro interino de la Guerra, brigadier Rodriguez Vera, una favorable acogida, ordenóse á Ros que saliese inmediatamente de Madrid y fuese á incorporarse á la division en marcha, de Loja, con direccion á la capital.

Sorprendido y disgustado Narvaez ante semejante poco lisonjera demostracion, cuando del gobierno esperaba todo lo contrario, dirigió una nueva y sentida exposicion á la Reina fechada en Quintanar de la Orden, por la que reiteraba su peticion de licencia absoluta.

Llegado que hubo aquel jefe á Madrid presentóse al ministro de la Guerra, á quien expuso la escasez de jefes y oficiales que experimentaba su division, circunstancia que permitiria al gobierno ascender á los oficiales que lo hubiesen ganado por sus servicios, á cuyo propósito habia Narvaez anunciado al ministro que le presentaria las correspondientes propuestas, á lo que se negó el ministro, al mismo tiempo que no contento con esta repulsa llegó hasta manifestar al activo perseguidor de Gomez, al jefe á quien tan extraordinarias pruebas de confianza acababa de dar el ministro saliente, que lo hecho por la division de vanguardia en Andalucía *no era tanto como lo presumia su jefe*. Tampoco prestóse Rodriguez Vera á dar satisfaccion á Narvaez relativamente á la autorizacion por este pedida para hacer efectivos castigos militares que consideraba esenciales al mantenimiento de la disciplina, y exasperado el último de verse tratado en tales términos, miró como una ironía la oferta de la gran cruz de Isabel la Católica, hecha por el ministro á un brigadier á cuyas órdenes no habia vacilado el gobierno en poner la fuerza de todo un cuerpo de ejército, compuesto de tres gruesas divisiones. El ascenso á mariscal de campo que de toda justicia correspondia á Narvaez y una favorable acogida que al mismo tiempo se diera á las propuestas que tenia anunciadas, habrian probablemente calmado el disgusto que, creciendo de punto en el ofendido, afirmó en su propósito de separarse del servicio.

Mas temerosos los ministros del mal efecto que en la opinion produciría la retirada de un jefe militar que por aquellos dias era objeto del favor del público, los compañeros del de la Guerra procuraron calmar á Narvaez ofreciéndole que se daría curso á sus propuestas, al mismo tiempo que halagaron su amor propio, dándole á entender que continuaba mereciendo toda la confianza del gobierno. Aquellas promesas y el estímulo que Narvaez sentía por continuar su ruta con direccion al Norte, en la esperanza de tomar parte en las operacion

nes sobre Bilbao que á la sazón se hallaba en grande apuro, lo hicieron desistir por el momento de su insistencia de licencia absoluta, y púsose en marcha para reunirse á Espartero, quien por su parte creíase se hallaba deseoso de utilizar las prendas militares del reputado jefe de la division de vanguardia.

Desgraciadamente ignoraba Narvaez la verdadera disposicion de ánimo en que respecto á él se hallaba el general en jefe. Amigo y favorito como lo habia sido Narvaez de Córdova, receloso de que esta circunstancia hubiese creado en el cuartel general prevenciones que le fuesen contrarias, supo al llegar á Burgos, á la vez que la entrada del ejército en Bilbao, que Alaix *mandaba en Alava* donde iba destinada la division de vanguardia, y la idea de que al llegar á Vitoria se vería bajo las órdenes de un adversario que era su superior en grado, produjo en la vivaz imaginacion de Narvaez el doble efecto de desvanecerle la ilusion de adquirir gloria en Bilbao, y de renovar su repugnancia á verse en el caso de tener que obedecer á un general que, segun el criterio ordenancista de Narvaez, merecia un severo castigo por lo ocurrido en Cabra.

Ofuscado bajo el peso de esta doble impresion, presentóse Narvaez al general Rivero que mandaba en Burgos, hízole presente que el estado de su salud le impedia continuar al frente de la division, de la que hizo entrega, y autorizado por dicho general, en aquel momento su jefe inmediato y con pasaporte del mismo, tomó al siguiente dia el camino de Madrid, donde no fué acogido por el gobierno como se lo hicieron esperar los términos amistosos con que pocos dias antes se habia separado de los ministros. En realidad, la opinion de estos respecto al vencedor de Gomez habia cambiado mucho desde que merced á las gestiones del embajador de Inglaterra, Calatrava aceptó á Narvaez como un verdadero conjuro contra la *pesadilla* de la expedición de Gomez.

De resultas de las candidices de los moderados que se complacian en contar á Narvaez como suyo, aunque nada en realidad les hubiese ofrecido, los adversarios del gabinete Calatrava habian fundado en los triunfos y popularidad de aquel jóven caudillo la esperanza de un cambio de situacion, esperanza que exagerada por los espías con guante blanco que el gobierno tenia en medio del partido que le era hostil, dieron lugar á la prevencion que hizo que aquel mirase como un enemigo temible al hombre que dos meses antes habia considerado como un salvador; prevencion que vino á robustecer el desagrado que experimentó Espartero al saber que Narvaez se separaba del mando de la division, atribuyendo á repugnancia de servir bajo sus órdenes lo que solo tenia por causa la enemiga existente entre Alaix y Narvaez, enemiga que tal vez se hubiera transigido si el último hubiese llegado á incorporarse al cuartel general.

Las explicaciones que preceden fundadas en datos auténticos dan su verdadero significado al hecho que la division de vanguardia llegada á Burgos no continuase á las órdenes de su jefe hasta incorporarse al ejército de que habia salido, al mismo tiempo que rectifican y aclaran la equivocada seguridad con que afirma el *autor de la Guerra civil* que Narvaez no se prestó á acudir con su division en auxilio de Bilbao.

Curiosos son los pormenores de la no disimulada persecucion fulminada contra Narvaez de resultas de haberse presentado en Madrid, aunque provisto de licencia y pasaporte de su jefe inmediato. Vióse Narvaez sucesivamente desterrado á Cuenca, á Toledo, á Extremadura, y solo cesó de ser objeto de desconfianza cuando despues de las elecciones de las primeras Cortes ordinarias, convocadas con arreglo á la Constitucion de 1837, la mudanza de gabinete valió á Narvaez el favor del nuevo gobierno, por el que fué ascendido á mariscal de campo, recibiendo el encargo de formar el ejército de reserva que debia pacificar la Mancha, pero que por efecto de la rivalidad de Espartero y de intrigas que no tardaremos en señalar, valieron á Narvaez una nueva y mas extensa persecucion; contra tiempo que debia, sin embargo, grandemente contribuir á la posterior elevacion del futuro duque de Valencia.

Llenado el objeto de la digresion á la que ponemos término, entremos á ocuparnos de los graves sucesos que siguieron á la liberacion de Bilbao.

TOMO VI

Hubimos de interrumpir el hilo de los sucesos que siguieron á la ocupacion de Bilbao despues de la memorable batalla de Luchana, para dar lugar á la mencion de hechos importantes de apreciar como antecedentes de venideras decisivas situaciones dentro del período histórico objeto del estudio que nos ocupa.

Volviendo ahora á reanudar la relacion de las operaciones del ejército del Norte, ellas darán idea de la importancia de las que se emprendieron á consecuencia del plan de campaña concertado por Espartero, Evans y Sarsfield, y que el gobierno aprobó en todas sus partes, señalando la que cada uno de dichos generales debia tomar en la ejecucion.

Consistia este plan en que simultáneamente se pusiesen dichos tres generales en movimiento. Espartero al frente de veinticinco batallones debia abrirse paso por el territorio enemigo, el que atacado con vigor por Evans en su línea al frente de San Sebastian al mismo tiempo que lo seria por su flanco derecho, merced al movimiento de avance que desde Pamplona debia efectuar Sarsfield, daba esta combinacion fundadas esperanzas de que acorralados los carlistas contra el Ebro perudiesen su base de operaciones en el país vascongado, tuviesen que aceptar una batalla decisiva con el gran rio á sus espaldas, ó que internarse en Castilla, en cuyo caso se realizaria el *desideratum* que fué siempre mirado por Mina como condicion precisa para la terminacion de la guerra, resultado que aquel veterano hacia consistir en sacar á los carlistas del territorio que dominaban y traerlos á pelear en los llanos de Castilla.

Semejante plan satisfacía á las apreciaciones de una buena critica militar, y su resultado era tanto mas verosímil cuanto que las fuerzas de que para llevarlo á cabo disponia el gobierno podian considerarse como suficientes para que en los puntos por donde iban á ser atacados no pudiesen oponer fuerzas superiores los enemigos.

En efecto, Evans podia moverse al frente de veintitres mil hombres con numerosa artillería, y siendo secundado por las fuerzas de mar compuestas de cañones y de infantería, el ataque por tierra de las líneas de San Sebastian podia ser decisivo.

Sarsfield, virey de Navarra, á cuya disposicion se ponian los batallones situados en el ala izquierda, dispondria de diez mil hombres, los que con las fuerzas que acudian de Bilbao y las que se hallaban en Alava permitian á los tres generales operar á la cabeza de ochenta y cinco mil soldados.

La teoria de la meditada campaña inspiraba al gobierno una confianza acrecentada por la necesidad en que se hallaba de que la causa nacional debiese á los ministros triunfos que atrajesen la opinion que se hallaba apartada de ellos. Lo mas difícil de allegar para el éxito de tan halagada expectativa, era la posesion de recursos que asegurasen la subsistencia y la movilidad de los tres cuerpos de ejército. A efecto de adquirir dichos medios empleaba infatigable Mendizabal todos los recursos de su fértil imaginacion. Contratos con la diputacion de Alava para el suministro de víveres; anticipos onerosamente obtenidos de especuladores estimulados á explotar la penuria del tesoro; ningun medio posible de levantar fondos perdonaba el ministro de Hacienda, quien á duras penas logró reunir el mínimum reclamado por las necesidades del servicio.

No podian los preparativos á que se entregaban los liberales permanecer siendo un secreto para los carlistas, y se apercibieron á la defensa como al ataque, redoblando su vigilancia y adoptando resoluciones análogas á las contingencias de la inminente lucha.

El infante don Sebastian revistó en los últimos dias de febrero las líneas de Guipúzcoa en frente de San Sebastian, lo mismo que las plazas de Irun y Fuenterrabía, pasando seguidamente á Navarra y recorriendo los puestos militares hasta Estella.

Disponia don Carlos de cuarenta y seis batallones, de los cuales doce se hallaban en Guipúzcoa, siete en Alava, diez en Vizcaya y los restantes en Navarra.

El 10 de marzo púsose Evans en movimiento adelantando su centro por Alzá, y proponiéndose ocultar el verdadero punto de ataque, amagó los flancos del enemigo, cuyo centro era el

punto contra el que contaba dirigir su principal acometida. No hubo bastante cálculo en cuanto á ordenar los movimientos ó no fueron ejecutados estos con la precision que debieran haberlo sido, pues habiéndose propuesto Evans amagar por el lado de Lasarte para dirigir el ataque formal contra Lezo, las columnas encargadas de operar por lo anticipado de sus maniobras descubrieron lo bastante el plan de Evans para que los carlistas acumulasen grandes refuerzos hácia las alturas de Astigarraga, de las que en otro caso hubiera sido fácil á Evans apoderarse, pues de haber retardado de media hora la salida de las tropas de Alzá, el antedicho punto no habria recibido los refuerzos que hicieron inútiles las repetidas y sangrientas cargas á la bayoneta dadas por los liberales para hacerse dueños de posiciones que, aunque ganadas con empeño y bizarría, no lograron en definitiva arrancar de manos del enemigo, al que no puede negársele que mostró en la defensa un valor á la altura del desplegado en el ataque por los soldados de la Reina.

Todo el día duró la encarnizada lucha en la que por cuatro veces fueron los liberales dueños de las disputadas alturas de Astigarraga, que sin embargo acabaron por tener que ceder á los batallones vizcainos y alaveses, los que á costa de raudales de sangre volvieron á recuperarlas.

Mil bajas por ambas partes costó aquel primer día de pelea, debiendo haber sido mayor la parte que en el contingente de víctimas cupiese á Evans por haber tenido sus columnas que sufrir el fuego mas al descubierto que los carlistas.

Rendidos de cansancio y de fatiga, mas no por ello decaídos de ánimo, liberales y carlistas acamparon á vista unos de otros, los primeros en las alturas de Ametzagaña y los segundos en Andotegui y crucero de San Marcos. Mas no consintió el rigor de una noche sumamente fria y de fuerte granizada, que hallasen descanso de sus improbas fatigas los que al siguiente día estaban destinados á experimentarlas todavía mayores.

El día 11 de marzo lo fué de observacion en ambos campos. Evans lo dedicó á fortificar su vivac, no habiendo pasado las hostilidades de simple tiroteo de guerrillas.

En los días 12, 13 y 14 pronunció Evans su movimiento de avance dirigiéndolo por el camino de San Sebastian á Hernani, replegándose de sus resultados los carlistas sobre el puente de Ergovia y el reduto de Oriamendi.

El 15 vigorizó Evans su acometida apoderándose, despues de reñido combate, de las alturas de Polloaga y de Aguirre, llegando su ocupacion del terreno enemigo hasta el pié del punto fortificado de Oriamendi que Jáuregui atacó por la tarde, cuando reforzados por las tropas de refresco y á costa de gran bizarría y pérdida de gente lograron los liberales hacerse dueños del puente artillado de Ergovia, retirándose los defensores á Hernani.

Muy quebrantados quedaron los carlistas de resultados de los cinco días de ruda pelea que acababan de sostener. Iturralde que mandaba en jefe, cayó enfermo; heridos los generales Vargas é Iturriaga, sus bajas eran de gran consideracion, y el desaliento de los voluntarios tan pronunciado que no pocos se habian marchado á sus casas.

Aunque costoso y no rápido el éxito obtenido por Evans, era completo al finalizar el quinto día de lucha, pero suele ser frecuente en lances de guerra que hechos de armas que presentan todas las probabilidades de ser coronados por la victoria, se conviertan en derrotas, cuando dejan de tomar parte en la lid fuerzas con cuya cooperacion ha contado el beligerante para llevar lo mejor de la contienda, ó lo que es lo mismo, cuando recibe el enemigo próximo á sucumbir refuerzos cuya llegada no entraba en los cálculos de su adversario.

A experimentar vicisitudes de esta clase estaba destinado el final desenlace de la parte del plan de campaña encomendado al general Evans.

Sarsfield salió de Pamplona el 11 al frente de diez mil infantes, cuatrocientos caballos, dos compañías de zapadores y ocho batallones de artillería. Ahuyentó fácilmente los cuatro ó cinco batallones carlistas que vanamente intentaron detener su marcha; pero el infante don Sebastian en persona acudió á oponerse al movimiento de flanco que amenazaba la base de

operaciones del ejército de don Carlos, y de no haber tenido la causa de este la buena fortuna de que Sarsfield no continuase su marcha y dejase expeditos los batallones que don Sebastian pudo conducir rápidamente sobre las líneas de San Sebastian, la victoria de Evans habria sido tan completa como decisiva la derrota de los carlistas.

Pero en la noche del 13 al 14, en la que Sarsfield acampaba en Irurzun, sobrevino un temporal tan fuerte de aguas y tan intenso de frio, que la salud de las tropas se resintió gravemente, y temeroso Sarsfield de una epidemia en vista del número de enfermos que instantáneamente produjo el temporal, desistió de continuar la marcha, emprendiendo su retirada hácia el punto de donde habia salido y quedando desde aquel momento frustrado y manco el plan á que debian simultáneamente concurrir el ejército de Navarra, el del inmediato mando del general en jefe Espartero y el que se hallaba empeñado en las líneas de San Sebastian.

Grandemente satisfecho no menos que sorprendido el infante don Sebastian de no tener que oponerse al avance de Sarsfield, comprendió toda la importancia de hacer la mayor diligencia para acudir al llamamiento del cañon que tronaba en Guipúzcoa. Despachó en posta dos oficiales encargados de encarecer á los batallones que defendian la línea de Hernani la suprema necesidad de sostenerse, en la confianza de que iban á ser inmediatamente socorridos, como realmente lo fueron en la mañana del 16, cuando Evans pudo aperechirse, muy á costa suya, de que tenia enfrente fuerzas muy superiores á las que el día antes habia vencido.

Tan crítica como era la situacion de los defensores de Hernani al amanecer del día 16, tan decisiva lo fué en su favor á consecuencia de la llegada del infante y sus batallones, saludados con clamoroso entusiasmo en los momentos en que el vecindario de Hernani adicto á don Carlos, temeroso de la próxima entrada de los liberales, abandonaba el pueblo formando caravana de carros y caballerías para el trasporte de efectos, de mujeres, de ancianos y de niños.

En el entre tanto, esperanzado Evans en las consecuencias de su sangriento triunfo del día anterior, apenas rompió el alba hizo adelantar sus columnas de ataque, teniendo su base en la cima de Astigarraga y de Arriete. Era sumamente importante para los carlistas sostener la lucha sin desventaja á fin de dar tiempo á la llegada de los refuerzos que conducia el infante, y al efecto el general Sanz, que mandaba la línea, resolvió desalojar á Evans de la posicion dominante que ocupaba. Consiguíolo por de pronto sufriendo el nutrido fuego de la artillería de aquel, cuyas columnas no tardaron en recuperar la posicion; pero cuando el general de la Reina dictaba las órdenes conducentes á asegurar el éxito de la jornada, tuvo que suspender los movimientos que habia dispuesto al descubrir que por el camino de Tolosa venian batallones carlistas en gran número. Eran aquellos en efecto los que de Navarra conducia don Sebastian, resuelto á tomar inmediata parte en la lid, no obstante las observaciones que le fueron hechas por su jefe de estado mayor sobre los riesgos de empeñar la accion en aquel momento. Pero el infante se hallaba impaciente de recoger los laureles que le habia preparado la retirada de Sarsfield, y resueltamente dijo á sus oficiales que se hallaba decidido á empeñar la batalla, y que si la perdía tenia preparada una pistola para aplicárselas á las sienes. Su varonil resolucion impartió en los suyos el mas vivo entusiasmo. Aprovechóse de él el general de don Carlos para lanzar columnas envolventes sobre las posiciones de Evans. Iturralde y Soplana acometieron por la izquierda, ínterin por la derecha lo verificaban Iturriaga y Quiles y por el centro Villareal á la cabeza de batallones castellanos y alaveses y de una columna de granaderos.

El ataque de los carlistas fué simultáneo, enérgico, repetido, y dió por resultado que Villareal y Soplana se reuniesen sobre la cumbre, desalojasen á los batallones españoles é ingleses que la defendian, y que no conservaron la union y entereza que hubiesen permitido á Evans rehacerlos y llevarlos nuevamente al combate. Invadidas por el enemigo sus posiciones, no podia aquel general atender á un punto de su línea sin dejar comprometidos otros de no menor impor-

tancia, y á fin de no perder la concentracion de sus tropas quedando expuesto á mayor desastre, vióse Evans compelido á retirarse dejando en poder de los carlistas las posiciones que habia conquistado en los días anteriores.

Innegables pruebas de valor dieron en aquella jornada aciaga para los liberales los jefes de los batallones ingleses, contra los que principalmente se dirigia la puntería de los fusiles carlistas; el campo quedó cubierto de cadáveres de legionarios, y Evans, que aspiraba á conservar al menos los parapetos que habia hecho construir en Oriamendi, tampoco pudo impedir que quedasen estos en poder de los carlistas.

Encarnizada fué la persecucion que sufrieron las desordenadas filas del ejército liberal, y mayores habrian sido las pérdidas que tuvieron, si para aminorar las consecuencias de la derrota, no hubiese saltado en tierra de los buques surtos en el puerto de San Sebastian un batallon de la marina real inglesa que se formó en línea delante de los perseguidores presentándoles la punta de sus bayonetas y las bocas de sus cañones, intervencion que no esperaban los carlistas y ante la cual se contuvieron, y los fugitivos pudieron guarecerse al abrigo de la plaza.

Las pérdidas de aquella jornada han sido diversamente estimadas, y aunque debamos admitir que fueron superiores las del ejército de la Reina, es verosímil haya exageracion en elevar á 400 muertos y 900 heridos las de los liberales y solo á un centenar de bajas en ambos conceptos las de los carlistas. Cuando no se tienen otros elementos de comprobacion que los que suministran los partes oficiales de los beligerantes, no puede darse crédito en punto á muertos y heridos á los guarismos producidos por los liberales como por los carlistas.

En lo que no creemos haya exageracion es en las lamentables pérdidas materiales experimentadas por los infelices habitantes de las aldeas y caseríos que azevinan á San Sebastian, á Lezo, Alzá, Astigarraga y Hernani, entregadas al incendio sus habitaciones y que reducidos á la desesperacion condujo á aquellos á aumentar en no pequeño número las filas de los voluntarios carlistas.

La comunicacion que trascribimos al pié (1) dirigida por el

(1) *Cuerpo de ejército de operaciones de la costa de Cantabria.*

Incluyo á V. dos oficios, uno de la brillante accion del 15, el otro del severo revés que hemos experimentado: habiendo recibido el enemigo refuerzos y habiéndonos desalojado el 16 de la misma posicion formidable que habian capturado nuestras tropas con tanta bizarría, las tropas de los diferentes cuerpos sobrecogidas por un terror pánico sin ninguna causa aparente, se desorganizaron completamente. Hubiera podido continuar ocupando los puntos esenciales de posicion, pero el cuerpo estaba disperso é incapaz de formacion, y por lo tanto estaba muy desmoralizado. Si la falta de esto debe atribuirse á mí ó á las tropas, ó á ambos juntamente, no me toca á mí determinar.

El general Sarsfield se ha visto obligado, por la inclemencia del tiempo, á volver á Pamplona; me hubiera alegrado el saber esto; pero era imposible. Es la ventaja que el enemigo posee por su posicion central. Ahora estoy solo ansioso por el ejército de V., y temo que los rebeldes se unan contra V. y pongan así en peligro su posicion. He perdido en las acciones de estos tres ó cuatro días lo *menos* dos mil hombres y no estamos moralmente aptos para ningun deber importante por algun tiempo. Estoy completamente dispuesto á tomar plenamente mi parte de culpa en este suceso, y es claro que la confianza de los soldados en mí, ó la mia en ellos, debe haberse disminuido considerablemente; lo que se presume en tales casos es que la falta debe atribuirse á las tropas ó al jefe ó á ambos.

La posicion era sumamente fuerte y no hubiera podido concebir que las tropas hubieran sido rechazadas de ninguna parte de ella. A V. le toca, mi querido general, y tambien al gobierno, el resolver si no será mas ventajoso á la causa de la Reina el que yo haga mi dimision, para que otro jefe que pueda inspirar mas confianza, se coloque á la cabeza de este cuerpo de ejército. La legion inglesa considera su tiempo de servicio próximo á espirar, temen los soldados el ser asesinados por el enemigo si caen en su poder, y no siendo una clase de hombres escogidos, debo confesar á V. francamente, que no espero de ellos mucho de bueno en adelante. En cuanto á las operaciones, en general estamos tan desmoralizados por el momento, que no podemos efectuar cosa de importancia en algun tiempo; pero el señor Lujan me dice que V. contempla preciso el tomar á Orduña, establecer la línea de allí á Bilbao y despues enviar un refuerzo poderoso al general Sarsfield, con el objeto de que pueda efectuar su union con este cuerpo de ejército, y entonces creo que seria oportuno, ó bien que V. mismo viniese aquí con 1,000 hombres, ó que los

general Evans al conde de Luchana, al paso que confirma los hechos y apreciaciones que preceden, ofrece el irrecusable testimonio de la opinion del jefe del ejército de la izquierda acerca de las causas del desastre experimentado, y da aventajada idea de la sinceridad y delicadeza que caracterizaron la conducta del general Evans.

Tambien habló este jefe á los soldados por medio de una órden general del día, propia á inculcarles el deber de no desmayar en la empresa de servir lealmente la causa de la libertad, encareciéndoles ser la disciplina la mejor garantia del triunfo para soldados valientes.

Don Sebastian por su parte felicitó á los suyos por la victoria obtenida y don Carlos creó una condecoracion *ad hoc* para conmemorar el triunfo alcanzado por sus armas.

De conforminad con el plan de campaña concertado entre los tres generales de la Reina, Espartero salió de Bilbao el 10 y arrolló sin dificultad las fuerzas enemigas que halló situadas en Santa Marina y en Galdecano, donde pernóctó, entrando al siguiente día en Durango, despues de un rudo combate, sostenido en el monte de Lemona, en el que el valeroso general selló nuevamente con su sangre su ardiente amor por la causa de la libertad. Aunque herido en un brazo al mismo tiempo que aquejándole un ataque de su padecimiento de la orina, no se separó Espartero del frente de sus soldados, pero tuvo que desistir de su movimiento de avance al recibir la nueva de la retirada de Sarsfield y de la rota experimentada en la línea de San Sebastian, teniendo en su consecuencia que retroceder á Elorrio para ganar sus cantones de Bilbao.

Pero don Sebastian, Villareal, Guergué, Urbistondo y Goñi habian acudido con fuerzas superiores, en la esperanza de derrotar á Espartero, el que desde Zornoza efectuó una hábil retirada, batiéndose sin cesar con las numerosas divisiones que acudieron á obstruirle el paso; superando las desventajas del terreno y las briosas acometidas de sus perseguidores, á los que contuvo y logró rechazar, á costa de inevitables y sensibles pérdidas, logrando entrar en Bilbao á la vista del enemigo frustrado en su intento de derrotar al general que tantas veces los habia vencido.

De la breve pero exacta relacion que precede aparece lo infructuosa que fué la campaña á la que puede darse el nombre de la de los tres generales que en ella tomaron parte, aunque es sabido que dicho plan fué concepcion de Sarsfield, por él propuesto á Evans, por este comunicado á Mendizabal que lo acogió con entusiasmo y logró que lo aceptase Espartero.

La teoría de dicho plan pudo ser todo lo sábia que se quiere; pero claramente ofreció la singularidad de que su ejecucion viniese á fracasar por falta de cooperacion de su mismo autor, pues como hemos visto, la retirada de Sarsfield, de Irurzun á Pamplona, arrebató á Evans la victoria de las manos y redujo á una estéril pérdida de tiempo y de recursos y al lamentable sacrificio de mas de un millar de muertos y heridos la tentativa de haber dado un golpe decisivo á don Carlos, quien tuvo la suerte de que, léjos de haberlo sufrido, logró descargarlo hasta cierto punto sobre sus contrarios.

Otro golpe de fortuna favoreció las armas de don Carlos en aquellos días. El hijo del gobernador de Larraga se pasó á la faccion y dió á Zaratigui pormenores y datos sobre el estado de las fortificaciones que permitieron al jefe carlista sorprender el fuerte de la Corona que dominaba á Larraga, hacer á la guarnicion prisionera y apoderarse de armas y víveres en abundancia. La vecindad de los cantones ocupados por la division de la Ribera, al mando del general Iribarren, no permitió á los carlistas conservar la posesion por ellos conquistada.

Habiase por aquellos días considerablemente aumentado el personal de la corte del Pretendiente con adictos á su causa que de las provincias sujetas á la autoridad de la Reina acudian, unos á refugiarse, otros á probar fortuna, ofreciendo sus

puntos de la carretera pudieran tomarse y todo iria bien. Ruego á usted que perdone estas observaciones, y felicitando á V. sobre su éxito feliz, resignándome á mi suerte adversa, queda su afectísimo amigo y servidor, *D. L. Evans*.—Excmo. Sr. Conde de Luchana.